

— Apuntes de —  
**ECONOMIA Y POLITICA**  
*Análisis Económico de las Decisiones Públicas*



## EDITORIAL

En la presente edición se continúa el debate epistemológico sobre los fundamentos de la ciencia moderna, específicamente de la economía, que iniciamos con la publicación del No. 14 de Apuntes

Entonces se discutieron los legados de la modernidad a la ciencia económica, evaluándolos desde la perspectiva posmodernista. Las conclusiones contenidas en los respectivos artículos fijaron una postura bastante crítica sobre la validez de la economía, negando la posibilidad de un discurso universal y de juicios objetivos que permitan el descubrimiento de una verdad científica.

Por ende, se cuestionaron los fundamentos del análisis económico de las decisiones públicas (*Public Choice*), entre estos, los incentivos de los individuos, la vigencia del *homo economicus*, e incluso la importancia de la misma.

En este número se deja el espacio abierto a los economistas y filósofos de la ciencia para responder a tales posturas. Las respuestas son de dos tipos: primero se hace una crítica formal; luego se ofrece una serie de “cuentos” económicos.

### ¿Qué le dice la economía a la posmodernidad?

El primer artículo es una crítica formulada por el Dr. Julio César de León. En él evalúa los fundamentos del posmodernismo, subraya sus debilidades y señala las contracciones de las críticas de los posmodernistas, demostrando que en la mayoría de los casos son producto de la ignorancia o consisten en generalizaciones fuera de lugar.

Después, Lisardo Bolaños, Sigfrido Lee y Hugo Maul, ofrecen una serie de cuentos que, a pesar de parecer diferentes, son parte de un mismo proyecto “económico” literario. El hilo narrativo de los mismos se encuentra descrito en “Prólogo para Eruditos”. En conjunto, con estos artículos se trata de dar una visión práctica de la ciencia económica, para que no pierda su sentido, manteniendo a su vez un discurso que no recurre a “la fría argumentación lógica” ya que simplemente se trata de “convencer a gente razonable”. Como se percibe, este proyecto es independiente del primer artículo de la revista.

El Centro para el Análisis de las Decisiones Públicas (CADEP) adopta el papel de facilitador del diálogo, para fomentar un debate constructivo que nos lleve a una mejor comprensión de nuestro quehacer académico. El lector encontrará una serie de argumentos sobre qué le puede decir la economía a la posmodernidad. ¿Tiene vigencia el frío y vilipendiado *homo economicus* después de la modernidad? ¿Son importantes los incentivos económicos? ¿Existe en la economía un sentido humano?

## Contenido

Editorial: Qué le dice la economía a la posmodernidad.....	1
Las estupideces de la posmodernidad dan risa.....	2
Prólogo para eruditos.....	4
La insoportable racionalidad del ser.....	5
Razón o corazón: un altruismo irracional.....	6
Historia de dos pueblos.....	8

### Editor

Gerbert Bendfeldt

Una publicación bimensual del Centro para el Análisis de las Decisiones Públicas (CADEP), y del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (EPRI).

Las donaciones hechas al CADEP son deducibles de impuestos.

Universidad Francisco Marroquín  
 6 Calle final zona 10, Guatemala,  
 Guatemala, C.A. 01010

www.cadep.ufm.edu.gt  
 public\_choice@ufm.edu.gt  
 Tel. (+502) 338-7879

# LAS ESTUPIDECES DE LA POSMODERNIDAD DAN RISA

Julio César de León Barbero

**E**n el número de julio-agosto del año pasado aparecieron en esta revista tres artículos relacionados con la posmodernidad, firmados por Clynton López, Moris Polanco y Osvaldo Salazar. Los párrafos que siguen constituyen una crítica a ciertas afirmaciones hechas en tales trabajos.

El término posmodernidad fue introducido en el ámbito de la filosofía por Lyotard, en 1983, con su obra **La condición moderna**. En poco tiempo el término devino en una corriente de pensamiento que puede dividirse en tres brazos fundamentales: El primero es el constituido por los filósofos tributarios del neomarxismo frankfurtiano, comandado por Adorno, Eco, Habermas, etc. Estos creen que la Modernidad es un proyecto inconcluso y de ahí su crítica al Iluminismo. El segundo representa el denominado “pensamiento débil”, llamado así por inscribirse aún dentro de la Modernidad y tener todavía un poco de confianza en la razón. Se inscriben aquí el mismo Lyotard, Scarpetta, Vattimo y Lipovetsky, entre otros. El tercero es un abierto rechazo a la Modernidad y proclama incluso la superación de la misma. En él se agrupan autores como Tarchi, Ricoeur y Steuckers. Este último brazo de la posmodernidad es denominado el “pensamiento fuerte”.

Diría que, en esencia, el posmodernismo en filosofía se caracteriza por una posición, extrema o comedida, de crítica a las consecuencias de la filosofía cartesiana. Los grandes relatos que con reclamos universales fueron elaborados en la Modernidad son decididamente descartados. Tales relatos constituyen una media docena: el poder de la razón (el *cogito* cartesiano); la confianza en la espiral imparable del progreso; la democracia como herencia de la Revolución Francesa; el afán de lucro y ganancias, la subjetivación del cristianismo, y la manipulación del medio natural a través de la técnica. Mucho podría decirse sobre las cuestiones anteriores. Me limitaré, no obstante, al poder de la razón, por ser un asunto sobre el que coinciden los artículos mencionados al principio.

Para la posmodernidad todo lo que huelga a razón debe ser rechazado. Se da un no rotundo a lo verdadero, lo objetivo, lo normativo, lo universal y lo definitivo. Por ello los posmodernos y sus adláteres han hallado refugio: a) en el psicoanálisis (que al igual que el marxismo se da aires de científico sin serlo) y su idea del inconsciente; b) en el culto nietzscheano por lo irracional; y c) en la supuesta captación emocional de los valores (Max Scheller). Muerte entonces a la racionalidad, si lo que nos domina es lo inconsciente y la irracionalidad de los sentimientos y pasiones.

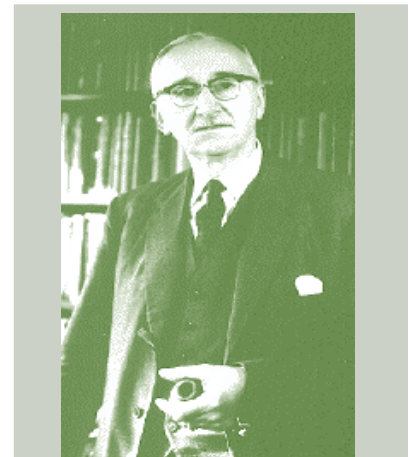
Pero la contraparte de ese proceso de inmolación de la razón hace que la posmodernidad apueste por lo parcialmente acertado, lo subjetivo, lo tentativo; en fin, por lo relativo. El afán de rechazar la herencia racionalista de la Modernidad conduce a atropellar con violencia la ciencia económica. “La economía, por su cercanía a la condición humana, no puede pretender generar un discurso universal...” (López). “¿Qué le dice la posmodernidad a la economía? Que sus certezas le dan risa.” (Polanco). “En este frenesí metonímico, donde no hay principios, ni certezas, ni autonomía racional, los discursos científicos, políticos, estéticos, morales, no son sino máquinas significantes incapaces de fijar un sentido único...” (Salazar).

**Nada tiene un único sentido: esto es lo único que tiene sentido unívoco. Primera estupidez de la posmodernidad.**

El discurso posmoderno niega la posibilidad humana de discutir sobre la verdad y la falsedad, pues todo es relativo. Si esto es cierto, los padres de aquellos artículos deslegitiman y desautorizan sus mismos discursos por autocontradicción. En rigor, no deberían decir ni opinar nada acerca de nada. Deberían suspender todo juicio. Nada es verdadero: esta es la única verdad. No hay sitio para lo universal: esta es la única universalización. Nada tiene un único sentido: esto es lo único que tiene sentido unívoco. Primera estupidez de la posmodernidad. Enorme, sobre todo porque la función

argumentativa del lenguaje (ha dicho Popper) es lo que nos diferencia de las bestias.

“Puede afirmarse que la economía, como ciencia, nació en la Modernidad. En la era de Descartes, Galileo y Newton. En la era de la confianza en la ciencia...” (Polanco). “La ciencia económica sustentada en los principios de un sujeto unificado racional, y con la idea del racionalismo...construye una abstracción...” (López). Estas dos afirmaciones olvidan que uno de los principios de la Escuela Austriaca de Economía (tan cercana a la razón de ser de la UFM) es su rechazo al poder absoluto de la razón. Lo cual, aclaro, no la hace posmoderna. Quienes hacen semejantes aseveraciones no conocen ni por asomo **La contrarrevolución de la ciencia. Estudios sobre el abuso de la razón, de Friedrich von Hayek**. Es obvio que tampoco han leído el discurso que Hayek pronunció el día que recibió el Premio Nobel de Economía, titulado **The pretence of knowledge**.



Friedrich A. Hayek.  
Premio Nobel de Economía, 1974.

Hay en los austriacos un rechazo al afrancesado culto a la razón. Con humildad afirman que lo único que han hecho es eliminar errores y que están dispuestos a que se les señalen aquellos que aún no han podido superar. Es más, ya en la obra de Adam Smith, **Theory of Moral Sentiments** (1759), se criticaba al “hombre de sistema”, que cree saberlo y controlarlo todo, como si el sistema de cooperación fuese un juego de ajedrez. Esta afirmación constituye el germen

de la ulterior teoría de los órdenes espontáneos. Teoría que, perfectamente entendida, le imprime un carácter particular al quehacer del economista y al de cualquier científico social.

Se percibe, por otra parte, en las afirmaciones aquí comentadas, una supina ignorancia de la teoría hayekiana de la mente, que conduce a la conclusión de que el orden sensorial o mental se halla limitado por la gran complejidad del orden societario. Afirmar que la ciencia económica es tan racionalista como el sistema cartesiano, sin reparar en los distintivos de la Escuela Austriaca, es la segunda estupidez de la posmodernidad. “La economía como ciencia no tiene futuro... humano. La ciencia económica no tiene un espíritu humano...” (López). “De entrada, si usted va a ser pobre, la racionalidad moderna ha decidido que no merece la pena que venga a sufrir, y reparte anticonceptivos a sus padres” (Polanco). Sólo faltó que se afirmara que APROFAM es el brazo armado de la Escuela Austriaca de Economía. Nada que ver. De hecho, ni Smith, ni Hayek, ni Mises, ni ninguno de los representantes del pensamiento austriaco osó jamás señalar que el problema de la pobreza sea un problema de control poblacional. Esta última es una propuesta propia de Malthus, de los darwinistas sociales, de la CEPAL y de otros organismos internacionales de la misma calaña.

**Afirmar que la ciencia económica es tan racionalista como el sistema cartesiano, sin reparar en los distintivos de la Escuela Austriaca, es la segunda estupidez de la posmodernidad.**

Los austriacos han enfatizado la necesidad de producir. Han insistido, asimismo, en que el crecimiento poblacional es un resultado, un efecto de la pobreza, no su causa. No somos pobres porque somos muchos. Somos muchos porque somos pobres. Lástima que la pereza mental y la atención selectiva hayan impedido un acercamiento al autor que mejor trató estos asuntos (y otros como el ambientalismo y los recursos no renovables) y con muchísima nitidez: Julian Simon.

Afirmar que la ciencia económica (incluyendo indiscriminadamente a la economía austriaca) recomienda el control natal como solución a la pobreza es la tercera

estupidez de la posmodernidad. “...la economía es acción humana... pero no debemos limitar la acción humana a los estrechos límites de la razón ilustrada” (López). “...la gente *no siempre* actúa ‘racionalmente’, buscando su mejor interés (por ejemplo: si usted es pobre, no responde a su mejor interés tener hijos); ...la ‘alfabetización económica’ puede hacer que la gente, de hecho, busque su mejor interés” (Polanco). ¡Qué confusión de conceptos! Aquí el espíritu de la posmodernidad alcanzó el éxtasis de una semántica arbitraria, al estilo de Humpty Dumpty, quien afirmaba: “Las palabras significan lo que yo quiero que signifiquen”. Si se hubieran tomado la molestia de leer siquiera los primeros capítulos de **La acción humana**, de Ludwig von Mises, habrían entendido que la definición austriaca de racionalidad nada tiene que ver con el iluminismo continental. Racional significa sencillamente la capacidad de diferenciar los medios de los fines. Nada más.

**Afirmar que la ciencia económica (incluyendo indiscriminadamente a la economía austriaca) recomienda el control natal como solución a la pobreza es la tercera estupidez de la posmodernidad.**

No se niega que en las decisiones humanas se encuentre presente toda la historia personal del individuo, con sus temores, ansiedades, inclinaciones, valoraciones, emociones, sentimientos y esperanzas. Se niega que el ser humano no sea capaz de diferenciar los objetivos que quiere alcanzar de los medios que puede emplear para lograrlo. Por ello, lo opuesto a una acción racional no es una acción carente de “alfabetización económica” (como en forma burlesca lo pone Polanco), sino los mecanismos reflejos, los tropismos y las meras reacciones físico-químicas.

Por otra parte, corresponde aclarar que la siguiente afirmación: “dado que la ciencia económica es la que nos enseña qué es lo que de verdad corresponde a nuestros mejores intereses, todo se reduce a un problema de educación” (Polanco), es de una falsedad de antología. La ciencia jamás puede ser ciencia, si queda atrapada en el terreno del deber ser. No hay ciencia de lo que debe ser. No hay ciencia acerca de los fines. Este es un principio que cualquier bisoño estudiante de

historia de la ciencia o filosofía de la ciencia encuentra en cualquier manual de tercera categoría. Y Ludwig von Mises insiste en que ni la Praxeología ni la Economía son ciencias acerca de los fines. En cualquier caso, son ciencias acerca de los medios, lo único acerca de lo cual podemos discutir objetivamente. Nunca la ciencia económica puede osar señalar a nadie qué es lo que le conviene o no. Menos aún la ciencia económica tal como la entiende la Escuela Austriaca. Desde esta perspectiva, no pretendemos producir “expertos” que arrogantemente señalen los mejores intereses a nadie. El economista austriaco sólo pretende entender las fuerzas y principios sobre los que descansa el proceso espontáneo del mercado.

Finalmente, es criticable que la posmodernidad sea incapaz de diferenciar los valores de los antivalores. Así se justifican los atentados criminales del 11 de septiembre, los actos suicidas que destruyen vidas humanas, la toma de fincas, los secuestros, etc., si con ello se da la ocasión para que florezca una planta, porque “vida es la de la plantita del viejo, que no repara en que adelante tiene una de las maravillas del ingeniería del siglo XX: dos torres gigantescas, orgullo y símbolo de la ciudad...” (Polanco).

Ciertamente, las estupideces de la posmodernidad dan risa. Pero que se enseñe a las nuevas generaciones tantas equivocaciones no da risa. Da grima. Da rabia. Pero así es la maldición de la posmodernidad. Afirmaba uno de los dioses del posmodernismo, Michael Foucault, que no importa ni el contenido de la enseñanza ni la corrección o incorrección de lo que se enseñe, y tampoco si aquello es verdadero o falso; sólo importa el “encuentro” mismo entre el profesor y el alumno. Para qué se encuentren no interesa.

## Julio César de León Barbero

*Doctor en Filosofía.*

*Catedrático de los cursos Filosofía Social de Mises y de Hayek en la Universidad Francisco Marroquín.*

## PRÓLOGO PARA ERUDITOS

*¿Qué hacer para que nos entiendan otros? ¿Contar cuentos? Eso es propio de seres humanos. Con las mentes preclaras parece que hay que comunicarse en otro lenguaje. Los textos que se incluyen a continuación, en los que desarrollamos nuestras ideas sin alardear de eruditos, son un humilde intento de comunicarnos con esas mentes esclarecidas, esperando que puedan perdonar su sencillez y, sobre todo, que respeten unas mínimas normas éticas de diálogo.*

**H**ayek, Husserl, Popper... Son muchos los nombres relacionados con la crisis que actualmente sufre la ciencia occidental. Ellos se han encargado acertadamente de quitarle a la ciencia el título de ama y señora de todo lo humano, hasta el punto de que ahora muchos la consideran una enfermedad que no desean contraer.

Sin embargo, el proyecto original no era denigrarla, sino cambiar la razón de ser de la ciencia: su "sentido". ¿Qué "sentido"? Pues si antes consistía en su poder para describir, entender, medir y predecir la eternidad del universo y la complejidad humana, ahora éste debe reducirse. Ello no significa que "el absurdo" -nuestros deseos infinitos ante nuestra condición finita- deba imponer lo irracional como la única forma de entender el mundo[1]. Lo que significa es que ciencias como la economía son sólo una herramienta más para entenderlo, y no el lenguaje de Dios o el de la Naturaleza. Se trataba de curar la neurosis modernista de la economía, no de cortarles la cabeza.

Claro, todo lo anterior suena bonito, pero *el problema es cómo interiorizar la crítica*. La lección de Vicente Huidobro es sencilla: lo importante no es cantar la rosa, sino hacer que el poema mismo sea una rosa que florece[2]. Nuestra invitación, en el más puro espíritu de McCloskey, no es a reemplazar las matemáticas por el lenguaje de la floristería: no es una invitación a la irracionalidad. Al contrario, es a que abandonemos la fría lógica argumentativa, que de tan estrecha se vuelve irracional, para hacer finalmente ciencia como seres humanos.

Nuestros amigos filósofos, como diría Frye, "no quieren ablandarse utilizando el bello arte de la persuasión, ni azucaradas ilustraciones, ni términos cargados de emotividad, pues apelan únicamente a la fría lógica de la razón, reforzada por un peculiar sentido "victoriano", para estar seguros de que, cuanto más complicado sea, mayor será la fibra moral e intelectual que el lector desarrollará peleando con él[3].

Dicho de otra forma: como en caso del Ave Fénix, que pasó por

la muerte, pero la muerte no pasó por ella, posiblemente nuestros amigos pasaron por el posmodernismo, pero el posmodernismo no pasó por ellos.

**Nuestra invitación, en el más puro espíritu de McCloskey, no es a reemplazar las matemáticas por el lenguaje de la floristería: no es una invitación a la irracionalidad. Al contrario, es a que abandonemos la fría lógica argumentativa, que de tan estrecha se vuelve irracional, para hacer finalmente ciencia como seres humanos.**

La dificultad del estilo filosófico es el resultado de un sentimiento que pareciera indicarles a los filósofos la necesidad de separar y aislar lo intelectual de las emociones.

Posiblemente el tono de los cuentos que a continuación se publican sea demasiado irónico, desenfadado o emotivo. Quien lea a los jóvenes poetas guatemaltecos se dará cuenta de que, más que una falta de respeto a nuestros críticos, es un estado de ánimo generalizado. También habrá otros que pensarán que estos cuentos son absurdos, o incluso que son una estupidez. Paradójicamente, esos serán los mejores cumplidos que podremos recibir.

Si nos juzgan por nuestro historial, alguno podría creer que somos "agentes representativos" de la línea dura del modernismo en la economía. Al contrario, nuestros cuentos y ensayos son un reflejo del rechazo a posiciones filosóficas que pretenden legislar sobre lo que puede ser sujeto del conocimiento o no. Nuestro afán de hacer afirmaciones plausibles y convincentes, sean "científicas" o no, nos ha llevado a concluir que, para cambiar el sentido de la ciencia económica, no hace falta deshacerse de la matemática, del análisis estadístico, de los experimentos y de la falsificación de hipótesis. Como diría McCloskey, "todos estos argumentos ayudan a convencer a gente razonable"

En lo metodológico, al igual que McCloskey, estamos convencidos de que "el principal logro de la economía no es la predicción ni la capacidad de control que le asigna el modernismo de la ingeniería social, sino darle forma al sentido que se deriva de las experiencias económicas"[4]

L. Bolaños, H. Maul y S. Lee

1 La crisis científica puede también ser entendida como una crisis existencial, a lo Camus. En este sentido, la frase original era: "¿Lo absurdo impone la muerte?" Camus, Albert. **El mito de Sísifo**. Alianza Editorial: 1988.

2 Huidobro, Vicente. **El espejo de agua**. 1916.

3 McCloskey, D. **The Rhetorics of Economics**. The University of Wisconsin Press: 1985, p. 98.

4 Closkey, op. cit. p. 175.



# LA INSOPORTABLE RACIONALIDAD DEL SER\*

Lisardo Bolaños

La ley de asociación es misteriosa y con ella David Ricardo dejó perplejos a muchos filósofos y economistas: ¿pensar que se puede generar bienestar mediante la asociación humana, y que incluso sea la desigualdad humana su propio fundamento! ¿Qué significa este postulado demencial?

La ley de asociación viene a decir, por negación, que la autarquía, el producir al margen del comercio, es desperdiciar recursos, carece de razón de ser, es irracional. Ya se trate de una producción horrorosa, de una bella, o de una elevada, ese horror, esa elevación o esa belleza nada significan. No es necesario tener en cuenta a Robinson Crusoe o a un estado africano del siglo catorce, que cierra sus fronteras o impone aranceles, ya que no cambió en nada la faz de la tierra, aunque por ello murieran, en medio de una arrasadora hambruna, trescientos mil negros.

¿Cambia algo, si el pavor de un estado africano al libre comercio se repite incontables veces, en un eterno retorno? Cambia: se convierte en un bloque de pobreza que sobresale y perdura, y su estupidez se vuelve irreparable.

¿Cambia algo, si el pavor de un estado africano al libre comercio se repite incontables veces, en un eterno retorno? Cambia: se convierte en un bloque de pobreza que sobresale y perdura, y su estupidez se vuelve irreparable.

Pequeño diccionario de palabras incomprensibles.

Eficiencia. Un día de noviembre, un filósofo adquirió el compromiso de escribir un artículo sobre el posmodernismo. Pausadamente fijó el momento y el lugar donde realizaría su faena, de tal forma que su musa no fuera interrumpida.

Cuidadosamente fue engarzando cada una de las palabras en el texto. Forma y fondo fueron el resultado de una inspiración sublime.

**Inspiración.** Todo aquel que supone que la escritura inspirada es mejor que la no inspirada, porque ésta se adecua eficientemente a su gusto literario, no es ni romántico, ni irracional, ni posmoderno: es un racionalista más.

**Razón / razón.** No es lo mismo la “Razón económica” que la “razón económica”, como tampoco es lo mismo el Kundera comunista de 1948 que el Kundera de la resistencia primaveral antisoviética de 1968.

**El Quijote.** El culto que muchos realizan a la Razón agobia a nuestro filósofo posmoderno, al punto, que cree vivir en una novela de caballería.

Es fácil entender su deseo: derrotar al terrible monstruo medieval llamado Razón. El problema es que, en este reino, no hay Dulcinea que no tenga algo de demonio, ni un Quijote con algo de razón.

**Economía / economía.** Sí, algunos creen en la Economía como en la Justicia y en la Verdad. Los que creen en la economía saben, a diferencia de los otros, que realizar un análisis de incentivos económicos, al igual que aplicar orégano, tomillo y sal, es un arte; nadie logra con una curva de indiferencia solucionar las interrogantes de Gadamer o Habermas. El objetivo siempre es algo más sencillo: hacer la vida “vivable”, nunca aprender a ver un espejo en el cielo, en uno mismo, en las cosas o en los otros.

**Flores.** Kundera conoce y deplora los tanques soviéticos que marchitaron su florida Praga. Él sabe que no es lo mismo sembrar flores en el alma que en el cañón de un tanque.

¿Qué tiene Kundera? ¿Razón o razón para desconfiar del autoritarismo de izquierda? ¿Qué tiene un centroafricano del siglo catorce? ¿Razón o razón para desconfiar de las políticas en contra del libre mercado?

¿Qué tiene un filósofo posmoderno? ¿Razón o razón para querer derrotar a su monstruo, a su Dulcinea, a su molino?

Lisardo Bolaños

Estudiante de la Universidad Francisco Marroquín.

Actualmente es director del Programa de Apoyo al Legislativo PAL-CIEN.

\* Lo escrito a continuación es una parodia de algunos capítulos de *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera.

# RAZÓN O CORAZÓN: UN ALTRUISMO IRRACIONAL\*

Hugo Maul

¿Por qué me duele tanto? ¿Será por los momentos de ayer, que nunca volverán? ¿Cómo han de volver, si ya no puedo siquiera salir de casa sin toparme con algún “niño de la calle” inhalando pegamento, o con alguna madre adolescente adicta al “crack”, con un bebecito entre los brazos? Ya ni siquiera es mi casa.

¿Qué será lo que me duele? ¿Los atardeceres en el Parque Concordia, sin “niños de la calle inhalando pegamento”, o la miseria de esos niños, tirados en la banqueta de la Sexta Avenida “A”? Si fueran los atardeceres, mi dolor se calmaría con llevar a los niños al correccional de menores o a alguna clínica de desintoxicación. Así de fría es la razón. Pero todos sabemos que este problema es más complicado. La verdadera causa de mi dolor está en lo profundo de nuestros corazones: nuestra indiferencia ante la miseria ajena. Vemos la miseria de otros pero jamás nos vemos en el espejo.

--Esta obra no es como todas- insistió.  
 --¿En serio? ¿Qué tiene de diferente?  
 --Ayudamos a los drogadictos del Centro Histórico.  
 --¿Del Centro Histórico? ¿Los del Parque Concordia, que tanto me duele?  
 --Todos los días les servimos la cena y les hablamos de Dios. (Mi mamá no entendió mi dolor; dinero es lo que han de necesitar).  
 --¿Con cuánto hay que contribuir?  
 --M’ijo, ¡qué corazón tan duro! No es cosa de dinero. Se trata de ayudar al prójimo.  
 --¡Mamá!, no es egoísmo, es el *homo economicus* en acción- iba a responder.

Recapité un momento y me convencí que no tenía sentido discutir. Ella actuaba guiada por la voz del corazón, no de la razón precisamente. Yo prefiero lo contrario. Pero, aún así, la razón será la razón y mi madre es mi madre. Ella diría “primero tuviste madre, después supiste que podías razonar. Ese instinto primitivo, que no entiendo ni puedo explicar, se rebela a la razón y me dice que debo confiar.

Servir un plato de comida caliente, ofrecerles una mesa limpia y darles un sincero apretón de manos resultó un bálsamo pasajero para mi dolor. Ayudar a los demás, preocuparme por el prójimo, hacía que el Parque Concordia luciera diferente, casi como antes.

Las miradas de agradecimiento y sus sinceros abrazos me hicieron dudar de los consejos del vanidoso *homo economicus*. ¿Cómo sería el mundo, si tan sólo pudiésemos ponerle un alma? Todo sería diferente: el mundo sería más feliz.

Para cuestiones del corazón, nada mejor que los consejos de una madre, quien, como dice el Evangelio, nunca le daría a un hijo un escorpión cuando este le pide un pan. Un día me acerqué y le pregunté, a lo mejor ella tenía la respuesta:

--Mamá ¿Qué consejo me das? Me duele tanto mi viejo barrio.  
 --M’ijo, deberías venir a ayudarme en una obra evangelizadora con “niños de la calle”.  
 --No tengo tiempo, mamá. Ese es un problema económico, no del alma, y además no veo cómo esta experiencia podría aliviar mi dolor.



\*Un título más correcto para este ensayo, acorde con la metodología positivista de la economía, podría ser “Implicaciones no esperadas de un experimento económico altruista basado en el efecto ingreso”. En microeconomía se conoce como efecto ingreso al cambio en la cantidad consumida de un bien, como consecuencia de un aumento del ingreso, manteniendo constante los precios relativos.

Las miradas de agradecimiento y sus sinceros abrazos me hicieron dudar de los consejos del vanidoso *homo economicus*. ¿Cómo sería el mundo, si tan sólo pudiésemos ponerle un alma? Todo sería diferente: el mundo sería más feliz. Claro

está, a los dogmáticos oficiales no les gustaría la idea. Antes de seguir con ella, habría que preguntar al *homo economicus* que si, de brindársele la oportunidad, elegiría tener un alma. Para cumplir los cánones oficiales, habría que saber también cuáles son sus preferencias al respecto. ¿Homotéticas, continuas? ¿Y si son lexicográficas? ¿Y la restricción presupuestaria? ¿Con qué se compra un alma? ¿Cuál será su precio? ¿Será perfectamente divisible? ¿Aplicarán las condiciones Kuhn-Tucker en la decisión? ¿Tendrá solución de esquina?

**¿Por qué me duele tanto? ¿Será porque estoy resignado? ¿O por haber descubierto que el *homo economicus* no tiene alma y que tampoco la necesita?**

La respuesta a esta pregunta se me antoja muy complicada. La verdad es que no la sé ni me interesa. El asunto es ayudar a los “niños de la calle”, y de paso, si se puede, aliviar mi dolor por los recuerdos que no volverán. Esos son asuntos puramente del corazón: no hay aquí lugar para la economía y su metodología.

Ayudé en la obra algunas veces. Finalmente, pudo más la restricción presupuestaria que mi amor por los demás. Mi mamá siguió fiel. Durante muchas noches estuvo allí. Al cabo del tiempo me enteré de que no ayudaba más. Preocupado, le pregunté la razón. ¿Cansancio, poca gente comprometida con el bienestar de los demás, falta de dinero?

A mis preguntas respondió:

--M'ijo, tanta economía y no te diste cuenta.

--Mamá, ¿no quedamos en que el problema NO era económico, sino que se trataba de cosas del corazón?

--Efectivamente, de eso se trata. Pero, como vos decís, para alcanzar los resultados hace falta aplicar la economía: tu *homo economicus*.

--!Lo sabía, se quedaron sin pisto! Ni modo, no le pidieron consejo a los administradores de empresas; nunca hicieron un flujo de efectivo ni diversificaron sus fuentes de financiamiento.

--No m'ijo, pisto hay, y mucho.

--Ya sé: los drogadictos sufren traumas psicológicos. Me lo hubieran dicho: yo

conozco a un par de buenos psicoanalistas.

--Tampoco. Hasta filósofos llegaron a ayudar.

--¿Entonces?

--¿Acaso no te das cuenta? Una cena gratis equivale a darles dinero.

--Mamá, no entendés: el dinero les sirve para comprar droga, la cena no.

--El que parece no entender sos vos. Antes usaban parte del dinero que conseguían para comprar alimentos. Ahora, con la cena gratis, se ahorran el dinero y lo gastan comprando más drogas... Queriendo ayudarlos, los hicimos más miserables. Algunos, incluso, han muerto. Yo quería ayudar al prójimo, no destruirlo.

¿Por qué me duele tanto? ¿Será porque estoy resignado? ¿Porque el dolor de “los niños de la calle” y de los recuerdos que no volverán estarán siempre conmigo? ¿O por haber descubierto que el *homo economicus* no tiene alma y que tampoco la necesita?

## CENTRO PARA EL ANÁLISIS DE LAS DECISIONES PÚBLICAS:

### ALGUNAS ACTIVIDADES DEL 2003.

Gracias al patrocinio de empresas amigas como Cabcorp, S.A, Pizzería Vesubio y otras, el Dr. Christopher Lingle, economista experto en economías emergentes y crecimiento económico, oriundo de Atlanta, analizó la política impositiva a la luz de los discernimientos del economista sueco Knut Wicksell, en una informal cena de pizza y cerveza realizada el martes 28 de octubre del 2003.



## Hugo Maul

Candidato a doctor por la Universidad de California en Los Angeles (UCLA).

Licenciado en Economía por la Universidad Francisco Marroquín.

Director del área económica del Centro de Investigaciones Económicas Nacionales (CIEN).

# HISTORIA DE DOS PUEBLOS

Sigfrido Lee

**E**sta es la historia de dos pueblos: Xela y Salcajá[1]. Al igual que en la célebre novela de Charles Dickens, “era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos”. La diferencia es que aquí se trata de ciudades y esto no es una historia de amores. Es más, aunque entre ambas no había más de cinco kilómetros de distancia, Xela rebosaba de abolengo, grandeza, cultura y, sobre todo, riqueza. Tal vez era por gracia divina, a lo mejor por un accidente histórico. Realmente no importa. Mientras tanto, Salcajá apenas languidecía a la sombra de Xela, sobreviviendo de las migajas que caían de su mesa. La única razón por la que sobrevivía era porque, para llegar a Xela, primero había que pasar por ella. De lo contrario, más pronto que tarde, habría sido olvidada.

Sin embargo, como era costumbre inmemorial, cada cuatro años se elegía un nuevo soberano y el cambio político traía nuevos alcaldes a las dos ciudades y a los demás pueblos del reino. En Salcajá ganó un joven mozo, de buen parecer y graduado en alguna célebre universidad. Nadie sabía realmente en cuál, mucho menos en qué, pero le decían con mucho respeto “Licenciado”. Consiguió el poder a fuerza de prometer riqueza y abundancia: “conmigo todos los salcajeños tendrán lleno el refrigerador”, decía en cada oportunidad que tenía.

Al fin llegó el día de empuñar la vara edil por primera vez. Después de las fiestas y celebraciones, de saludar y halagar con promesas a todos sus nuevos amigos, quedó solo y se preguntó: ¿y ahora qué hago? No encontró respuesta: pero enseguida se percibió de “no era lo mismo verla venir que bailar con ella”. Desesperado, alguien le sugirió que llamara a un viejo zorro, la Paca le decían, brujo de reputación dudosa y maquiavélico como él solo[2]. La madre del alcalde, mujer sabia y curtida en la experiencia, todavía le advirtió: “ten cuidado con los consejos de la Paca, después lo lamentarás”.

La angustia del joven alcalde era demasiada y se dejó aconsejar. La Paca le dijo: “pon una talanquera en la entrada de Salcajá y cobra peaje; eso te dará dinero para hacer obra”. El muchacho dudó, pero las demandas de la comunidad eran demasiadas: no había agua, las calles estaban destrozadas y el último alcalde sólo había dejado deudas, no digamos la falta de seguridad. En contra de su buen juicio

cedió. Instalada la talanquera, empezó a cobrar Q25.00 por carro y Q100.00 por camión.

Pronto los ingresos de la alcaldía empezaron a crecer: había dinero para agua potable, alcantarillado, más policías, hasta alcanzó para un nuevo salón social. “La deuda que la pague el próximo alcalde, se dijo a sí mismo. Pero no era lo único: hasta la riqueza del pueblo aumentó gracias a la talanquera. Las colas para pasar por el pueblo eran largas y los lugareños pronto las aprovecharon para vender viandas y bebidas a los pilotos. Cuando hacía calor era mejor todavía: los cuquitos y las granizadas se vendían por montones.

Pronto surgieron también negocios más formales. Los primeros fueron unos grandes parqueos a la orilla de la carretera. La talanquera sólo operaba de 6:00 de la mañana a 7:00 de la noche. Por seguridad, había dicho el alcalde. Rápidamente empezaron a construirse hoteles en las afueras del pueblo. La construcción y el turismo eran los nuevos motores del desarrollo: clusters les decían los entendidos.

**-¿Qué le pasa, jefe? Lo miro preocupado.  
-¡Ah!, es que la cosa no tiene solución:  
ni los filósofos ni los gerentes saben  
qué hacer.**

Durante esos primeros años Salcajá prosperó: había empleo para todos y se veían carros nuevos por cada calle. “Este Licenciado sí cumplió”, decían los viejos del pueblo, y todas las señoras competían por presentar al joven alcalde las hijas que habían llegado a la edad de merecer. Era miel sobre hojuelas.

Repentinamente, ya no pasaban tantos carros y mucho menos camiones. Los grandes parqueos a la orilla de la carretera apenas se utilizaban y los hoteles estaban vacíos. El alcalde, preocupado buscó a la Paca, pero el brujo no aparecía por ningún lugar. Entonces llamó a sus amigos de la “U”.

Los primeros en llegar fueron los filósofos, posmodernistas en su mayoría. Enseguida diagnosticaron el problema y concluyeron que era producto de la mentalidad modernista del alcalde. Él sólo se había preocupado del consumo, la acumulación, la posesión territorial, la defensa militar, la uniformidad y la competitividad. Para solucionarlo todo, debía ser relativista, buscar su “ritmo natural”, ser solidario, moderado, administrar los recursos, conservarlos. La discusión fue rica e interesante: el alcalde sabía ya de ontología y metonimia, pero al final seguía sin saber qué hacer para mejorar la actividad económica.

Al siguiente día llegaron los gerentes y los

administradores. Cada uno en su Mercedes, con elegante traje y la laptop más moderna. “Ellos sabrán qué hacer”, se dijo a sí mismo el alcalde.

Rápidamente hicieron el FODA y analizaron el caso, cada uno es distinto ya que el espíritu humano está en la diversidad. Cobraron caro, pero entregaron un extenso documento, con gráficas muy bonitas, y recomendaron que había que construir otra talanquera. Esto haría más eficiente el proceso, los transportistas pasarían más rápido y se podría cobrar a más clientes en menos tiempo. Asimismo, expertos recomendaron una campaña de mercadeo promocionando la nueva talanquera. Todo se hizo. Sin embargo, la cosa seguía igual y el pueblo agonizaba.

El alcalde, triste y meditabundo, se fue al parque para que le lustraran los zapatos. Ya la gente no lo miraba muy bien y las muchachas tampoco le hablaban. Llamó al primer patojo que encontró:

-- ¿Cuánto el lustre?

-- A usted, señor alcalde, un quetzal- contestó el muchacho con viveza.

Entre boleadas, el pequeño lustrador notó la angustia del alcalde y le preguntó:

--¿Qué le pasa, jefe? Lo miro preocupado.

--¡Ah!, es que la cosa no tiene solución: ni los filósofos ni los gerentes saben qué hacer.

--Usted no debería preocuparse tanto. La cosa es más sencilla de lo que cree.

Este último comentario llamó la atención del alcalde. ¿Qué podría saber aquel patojo de administrar una alcaldía? Al final de cuentas, él era el Licenciado.

--¿Por qué dices eso, patojo?

--Su problema es económico, de incentivos- enfatizó el muchacho-. Cuando puso la talanquera, el costo de pasar por Salcajá aumentó. Si yo tuviera que viajar a Xela, mejor me voy por la carretera de la costa y no pago nada. Es más, si no me queda otra y tengo que pasar por acá, viajo durante el día para no tener que pagar parqueo ni hotel. Quite esa talanquera y verá que todo se arregla: la gente volverá a pasar por el pueblo.

Finalmente, el sabio puntualizó: ¡es Q1.00, jefe!

**Sigfrido Lee**

*Licenciado en Economía por la Universidad Francisco Marroquín y catedrático de la misma.*

*Investigador asociado del CIEN.*

1Estos nombres sonarán familiares a los que conocen un poco de la geografía del Occidente de Guatemala. Sin embargo, con esta historia no se pretende reflejar hechos reales y cualquier parecido con ellos es pura coincidencia. El uso de lugares conocidos no responde más que a un propósito retórico.  
2Este brujo nada tiene que ver con la famosa psíquica contratada por el fiscal Chapa Bezanilla en la investigación contra Raúl Salinas de Gortari.